

Conveniencia de las apariciones de Fátima en la historia de la Iglesia

Del 15 de agosto de 2016 al 15 de agosto de 2017 la Fraternidad Sacerdotal San Pío X invita a todos los fieles a prepararse convenientemente a la celebración del centenario de las apariciones de Nuestra Señora de Fátima. Estas celebraciones tendrán como centro la consagración de la Fraternidad al Inmaculado Corazón de María, que nuestro Superior General renovará de modo solemne en Fátima en agosto de 2017.

Siguiendo esta invitación, debemos aplicarnos todos nosotros, en la medida de lo posible, a responder a las exigencias que la Virgen nos manifestó de parte del Cielo: • Dios *quiere* establecer en el mundo *la devoción a mi Corazón Inmaculado*; • para la salvación de *los pobres pecadores*, para la salvación de *la Cristiandad*, para la salvación de *la misma Iglesia*. ¿Los medios? Divulgar la devoción reparadora al Corazón Inmaculado de María, promover el rezo diario del Santo Rosario y la comunión de los primeros sábados de mes, y pedir a Dios que el Papa acceda finalmente a realizar la Consagración de Rusia al Corazón Inmaculado de María.

Mucho ayudará también, a este mismo fin, recordar las diferentes apariciones, el mensaje y el triple secreto que en ellas nos dejó la Virgen de parte del Cielo. Es lo que intentaremos en una serie de *Hojitas de Fe*. Y puesto que Dios no hace nada que no sea conveniente, comencemos por explicar la admirable conveniencia de esta voluntad del Cielo, dentro del conjunto de la historia de la Iglesia.

1º Los dos grandes dones de Nuestro Señor en el momento de su Pasión.

Al acercarse el momento más solemne de su vida, el tiempo de su sagrada Pasión, Cristo Nuestro Señor quiso hacer a sus Apóstoles, movido por su ardiente caridad, un doble don. ¿Cuál es?

1º Ante todo, **el don de su Corazón sacratísimo**. La víspera de su Pasión, Nuestro Señor quiso dar a los Apóstoles, en el sacramento de la Eucaristía, su propio Corazón, que luego les abrió totalmente en una expansión de amor. En el Sermón que entonces les dirige, Cristo les manifiesta cómo El está en ellos, y ellos en El; cómo, por esta identidad de vida, han de compartir sus persecuciones

y sus cruces, pero también su gozo y su gloria; por el mismo motivo, les promete enviarles desde el Cielo el mismo Espíritu que lo anima a El; y, sobre todo, quiere que sus Apóstoles vean la gloria que El tiene antes de que el mundo exista, y que donde esté El, estén también aquellos que el Padre le ha dado. Sólo después de haber hecho así entrega de su Corazón a sus Apóstoles, puede Nuestro Señor ir hacia su Pasión.

2º Y luego, **el don del Corazón de su Madre**. El amor con que Cristo nos amaba no conocía medida. Pero eso, no contento con comunicar a sus Apóstoles su Corazón, quiso también entregarles su misma Madre. Y por eso, consumándose ya su sacrificio en la Cruz, quiso Nuestro Señor completar el don de su propio Corazón con *el don de su Madre*, con *el don de todo su amor materno*, simbolizado en *su Corazón*. Nada más conveniente: ¿cómo no tendrían la misma Madre quienes tenían un mismo Espíritu, una misma misión, una misma vida?

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa (Jn. 19 25-27).

2º Nuestro Señor reitera su doble don en el momento de la Pasión de la Iglesia.

Nuestra época actual no carece de analogía con lo que podemos llamar la *Pasión de la Iglesia*. Nada más normal que la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, comparta todos los misterios de su vida, y que especialmente, al llegar ya hacia el fin de su recorrido, quede asociada a la pasión de su divina Cabeza. Así lo habían comprendido eminentes doctores en el momento de la Revolución francesa. En 1884 el Padre Emmanuel André, en su obrita *El drama del fin de los tiempos*, escribía:

La Iglesia, como debe ser semejante en todo a Nuestro Señor, sufrirá, antes del fin del mundo, una prueba suprema que será una verdadera Pasión. Los detalles de esta Pasión, en la cual la Iglesia manifestará toda la inmensidad de su amor por su divino Esposo, son los que se encuentran consignados en los escritos inspirados del Antiguo y Nuevo Testamento... La Iglesia, como Nuestro Señor, será entregada sin defensa a sus verdugos, que la crucificarán en todos sus miembros; pero no se les permitirá romperle los huesos, que son los elegidos, como tampoco se les permitió romper los del Cordero Pascual extendido sobre la cruz.

Nada más normal tampoco, entonces, que llegado para la Iglesia el momento de unirse a su Cabeza en su Pasión, Cristo le reitere el mismo don que entonces hiciera a sus Apóstoles: el don de su Corazón sacratísimo, y el don del Corazón Inmaculado de María. Y esa es cabalmente la razón de ser de las devociones a los Corazones de Jesús y María, exigidas por el Cielo a la Iglesia y a las naciones cristianas.

1º Cristo, por las revelaciones a Santa Margarita María de Alacoque en 1689, volvía a hacer a su Iglesia **el don de su Sagrado Corazón** como último remedio para salvar a Francia contra el peligro que representaban la Holanda calvinista, la Inglaterra protestante con la masónica casa de Hannover, y la Prusia protestante. Estábamos entonces en lo que sería la preparación y los inicios de la Pasión de la Iglesia.

Y no sólo para salvar a Francia, pues los castigos con que se amenazaba al rey Luis XIV si no llevaba a cabo la consagración de su reino al Sagrado Corazón y la difusión de la devoción reparadora hacia el mismo, eran males que deberían azotar a todos los demás países de la Cristiandad. Y así fue: justo un siglo después, en 1789, estallaba la Revolución francesa, que como reguero de pólvora socavaría el trono y el altar en todos los países de la Cristiandad, levantándose en realidad como una Revolución universal contra la Iglesia.

2º Evidentemente, el don del Sagrado Corazón no debía tardar en verse completado con **el don del Corazón Inmaculado de su Madre**, una vez que estuviese más adelantada la Pasión de la Iglesia. Y eso es lo que sucedía precisamente con las apariciones de Fátima, en que Nuestra Señora, de parte del Cielo, y frente al siguiente paso de la Revolución anticristiana, el comunismo, venía a manifestarnos la voluntad expresa de Dios de establecer en todo el mundo la devoción a su Corazón Inmaculado como último remedio a tan grandes peligros.

«Mujer –parecía decir Nuestro Señor desde lo alto a la Virgen–, ahí tienes a tu hijo»; por donde el mundo cristiano quedaba especialmente confiado a los cuidados y a la protección del amor materno de María. «Ahí tienes a tu Madre», parecía decirle igualmente a la Iglesia, mandándole difundir por todas partes la devoción filial y reparadora a su Corazón Inmaculado. «Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa», es la respuesta que Dios esperaba: que la Iglesia entera procediera a cumplir las voluntades del Cielo.

3º Razones de esta voluntad divina respecto de los Corazones de Jesús y de María.

Podríamos preguntarnos el porqué de esta voluntad del Cielo. También en eso hallamos armonías y conveniencias sumas. La devoción al Corazón de María debía completar y coronar la devoción al Corazón de Jesús, y ser reconocida y difundida públicamente en la Iglesia, para que públicamente se honrara, junto a la persona del Redentor, la persona de la Corredentora.

*El plan divino, en efecto, fue de constituir a Cristo como **Nuevo Adán**, en orden a su Obra de regeneración del linaje humano. Pero, así como «no es bueno que el Hombre esté solo» en dicha Obra, el plan divino incluía también que dicho Hombre se viese acompañado de una **Nueva Eva**, de «una Ayuda semejante a El». La Virgen Santísima es, pues, en los planes de Dios, la colaboradora necesaria, universal, indisoluble, de Cristo en la Obra redentora. Y por eso mismo, la Iglesia, así como fue redimida por Jesús-María, sólo puede encontrar refugio seguro en estos dos Corazones unidos.*

Todo eso es perfectamente patente en las revelaciones de Fátima. El Cielo viene a reclamar, como en otro tiempo hiciera respecto de la devoción al Corazón de Jesús, la devoción al Corazón Inmaculado de María. Y Dios ha querido que entre las dos revelaciones haya un perfecto paralelismo. Así:

- *Ambas devociones se presentan como **exigencias del cielo**, y reclaman un reconocimiento del poder de Jesús y de la mediación de María, de parte de los reinos cristianos y de la Iglesia.*
- *En ambos casos se prometen de parte de Dios **grandes gracias y bienes**, tanto espirituales como temporales, pero también se amenaza con **grandes males, universales**, si el rey de Francia en un caso, y el Santo Padre en el otro, no atienden a los pedidos del Cielo.*
- *En ambas devociones se exige **la reparación**, sea al Corazón de Jesús ultrajado en su amor, sea al Corazón de María ofendido por los pecadores.*
- *La difusión de la devoción al Corazón de Jesús debe hacerse por la práctica de la comunión reparadora de los **nueve primeros viernes de mes**; y la de la devoción al Corazón Inmaculado de María, por la práctica reparadora de los **cinco primeros sábados de mes**.*
- *Finalmente, ambas devociones gozan de **la promesa de la perseverancia final** para quienes las practiquen, presentando al Corazón de Jesús y al Corazón de María como los supremos remedios que el Cielo concede para la salvación de las almas.*

Conclusión.

Al igual que el mayordomo de Caná de Galilea, podríamos decirle al Señor: «*Has guardado el buen vino para el final*». Sí, el Señor ha guardado para el final el vino excelente de sus mejores gracias, pues esas gracias, extraordinarias, son necesarias para tiempos extraordinarios.

«Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza... Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas» (Apoc. 12 1-3). Pues bien, justo cuando aparece en el cielo la señal del gran Dragón rojo del comunismo, en 1917, Dios le opone en Fátima, también en 1917, otra gran señal, la de la Mujer que debe aplastarle la cabeza.

Bástenos por el momento lo dicho hasta aquí para ver, por una parte, el papel que las apariciones de Fátima, y la devoción al Corazón Inmaculado de María, ocupan en el plan de Dios y en la historia de la Iglesia; y, por otra parte, la importancia que tiene el que la Iglesia entera se someta a los pedidos y exigencias del Cielo, entrando en las miras de Dios y adoptando la devoción a los dos Corazones unidos de Jesús y de María.